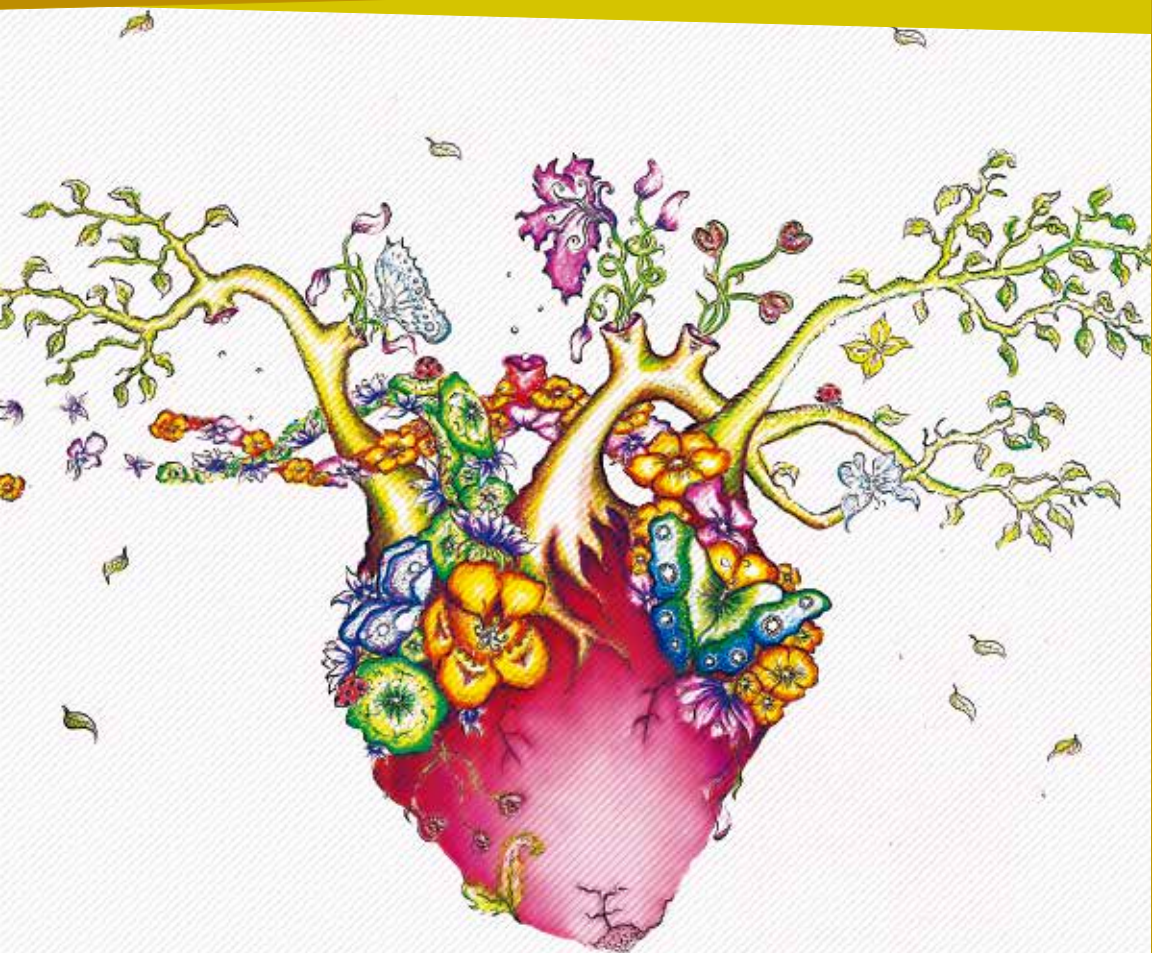




Universidad
de Guadalajara

Centro Universitario de la Costa Sur

CUCOSTA SUR
GRANA ●



Colección
A través de las letras

Carmesí

Marcela García Rojas
coordinadora

Luis Fernando Limón Pelayo | Emmanuel Alejandro Arias
Camacho | María Guadalupe de los Ángeles Rubio Castañeda |
Jesús Kabir Arriaga Madera | Edgar Ramón Silva Rubio |
César Fernando Solís Hernández

Carmesí

Obra poética. Letras del Valle de Aulán

Carmesí

Obra poética. Letras del Valle de Autlán

Coordinadora:

Marcela García Rojas

Autores:

Luis Fernando Limón Pelayo | Emmanuel Alejandro Arias
Camacho | María Guadalupe de los Ángeles Rubio Castañeda
Jesús Kabir Arriaga Madera | Edgar Ramón Silva Rubio
César Fernando Solís Hernández

Primera edición, noviembre de 2018

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa Sur
Av. Independencia Nacional Núm. 151
Autlán de Navarro, Jalisco, México, C.P. 48900

Ilustraciones de cubierta y colofón: César Fernando Solís Hernández

Colección A través de las letras
ISBN colección: 978-607-547-193-8
ISBN volumen: 978-607-547-346-8

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, traducida, almacenada o transmitida de forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Índice

Prólogo	9
<i>Dra. Lilia V. Oliver Sánchez</i>	
Prefacio	11
<i>LLHI. Marcela García Rojas</i>	
Hilos de plata	13
<i>Luis Fernando Limón Pelayo</i>	
Vivía en el hoy	15
Vivía en el ayer	17
Timothy	19
Gretha	23
Historias de arrecife	27
Flores vacías	31
<i>Emmanuel Alejandro Arias Camacho</i>	
Flores vacías	33
Tempest	36
Brasil	37
Boreal	39
Nervio	40
La hora del té	41
Calcio	42
CLMLLS	43

ATL	44
Popocatépetl	46
Latidos fuertes	51
<i>María Guadalupe de los Ángeles Rubio Castañeda</i>	
Pasos	53
Noctámbula	54
En mi boca has sido María	55
En mí guardarte	56
Sábado 11 de abril de 1992	57
Astro Immortalem	59
<i>Jesús Kabir Arriaga Madera</i>	
Girasol	61
Learning: How to Drive my Black 60's Corvette	63
Fulgor asfixiante	65
K I N G D O M	67
La naissance de Tonantzín	69
Atardecer	70
Astrolabios, murmullos a media luna	71
<i>Edgar Ramón Silva Rubio</i>	
Mirada pincel	73
Absurda ausencia	75
La señora del 59	77
La viajera de los Alpes	79
Sexomio	81
Murmullos de polvo	82
Ixchel y el universo	86
Epílogo	89
<i>César Fernando Solís Hernández</i>	

Prólogo

Hay tres líneas en la biografía de todo ser humano, y nunca son una horizontal y dos perpendiculares. Son tres líneas sinuosas, perdidas al infinito, constantemente próximas y divergentes [...] lo que un hombre ha creído ser, lo que ha querido ser y lo que fue.

Marguerite Yourcenar

La escritura es una de las herramientas más valiosas que posee el ser humano, porque permite fijar las ideas, estructurarlas y comunicar nuestros pensamientos, conocimientos, necesidades y deseos a múltiples personas. La escritura es considerada por muchos como una de las acciones que mejor contribuyen a desarrollar los potenciales cognitivos que poseemos. Sin embargo, el acto de escribir va necesariamente junto con el de leer, pues difícilmente podría ejercerse la escritura sin el apoyo y acompañamiento de la lectura. En este sentido el filósofo Francis Bacon escribió: «el leer hace completo al hombre, el hablar lo hace expeditivo, el escribir lo hace exacto»; en mi opinión, lo que engloba todo esto es, en suma, la educación.

Como complemento de los saberes estructurados formalmente en las carreras que se imparten en el Centro Universitario de la Costa Sur, tenemos el programa de fomento, promoción y animación de la lectura que se desarrolla en el «Club de lectura, para no lectores. Bajo este mismo programa se encuentra el taller de creación literaria, del que surgieron los 33 textos recopilados en esta publicación, creados por seis entusiastas y talentosos estudiantes.

Los autores de los textos coordinados y animados por Marcela García Rojas se lanzaron con arrojo a experimentar en el terreno de la fábula escritural, mediante relatos y poemas en los que ex-

ploran los mundos que habitan en su interior. La escritura creativa les ha abierto la posibilidad de expresar sus necesidades, esperanzas, temores, pensamientos y sensaciones, que ahora comparten con los potenciales lectores de esta antología.

El esfuerzo realizado por cada uno de los involucrados en la conformación de este libro y su publicación son dignos de reconocimiento. Felicito a la coordinadora y a los noveles escritores, quienes tienen por delante un futuro promisorio en el ámbito literario. Por lo pronto, con este libro ya dieron el primer paso.

Dra. Lilia V. Oliver Sánchez
Rectora del Centro Universitario de la Costa Sur

Prefacio

Que el espíritu vuele y transite

en ciertos pueblos que están amurallados por montañas, como este, los habitantes son como los de la Edad Media, tienen ganas de proyectar su yo encima de las murallas y lo hacen a través del arte, que es una forma de escape, de dejar que el espíritu vuele y transite. Más que amurallamiento geográfico es el cerramiento de conciencias y esas tierras son pródigas en espíritus que quieren saltar y realizarse en otros

ámbitos más llenos de luz.

Vicente Preciado Zacarías

La palabra edificada. En la plaza principal de la tierra color grana en medio de un mitote, las palabras que se hilvanan en este tejido infinito forman la metáfora de creación que el azul profundo del cielo recoge con destellos de arrebol.

Las manchas de tinta que recoge esta antología poética son el resultado de momentos suspendidos en el tiempo, días completos dedicados al placer de la escritura, lecturas que despertaron la capacidad de asombro de los autores que nos muestran la dimensión más nítida, el espíritu, este que trasciende en la conciencia de lo que se es, del estar, la huella de ese cuerpo que el tiempo consumirá. «el hacer, el “poiein” del que me quiero ocupar, es aquel que se acaba en alguna obra y que llegaré pronto a limitar a ese género de obras que se ha dado en llamar obras del espíritu.»¹

¹ Paul Valéry, *Teoría Poética y estética*. Madrid: La balsa de la Medusa, 1998.

Estas líneas tienen el ambicioso cometido de presentar la creación literaria de seis jóvenes imperiosos como el viento, náufragos, buscadores que no encuentran solo buscan, narradores de sus historias interminables. *Carmesí* es la recopilación de textos literarios que entre poesía, cuento, relato y microrrelato, recorren el camino de la creatividad que se basa en saltos cuánticos e incertidumbre. Verso y prosa poética enmarcan la caja de palabras que dan estructura y soporte a este cuerpo.

El contexto determina el significado de todo. Creamos caos con las palabras, la cuerda tensada de fibras que resisten cada alegoría, cada imagen que han logrado construir con el lenguaje de las emociones —siempre puedes seguir a tu corazón—. En el taller de creación literaria de la biblioteca Antonio Alatorre las coincidencias son mensajes, es por eso que, agradecida y emocionada, solo puedo decir ¡gracias! a los autores por desnudar su alma, a la doctora Lilia Oliver por creer en el proyecto y su compromiso hacia este. A ti, desocupado lector, por estar leyéndonos.

LLHI. Marcela García Rojas

Responsable del programa de fomento, promoción
y animación de la lectura «Club de lectura, para no lectores».

Hilos de plata

Luis Fernando Limón Pelayo

Fils d'argent

Vivía en el hoy

Tenía hambre,
tenía sed,
tenía mucho trabajo
y estaba cansada.

Me aproximaba a mi cuarta hora de vuelo, mi reporte del día constaba de una rosa, una camelia, dos orquídeas y una flor de biznaga. El calor del día se intensificaba, las brisas frescas se volvieron ráfagas cálidas. Mi tórax estaba agotado por el batir de mis alas, y mi abdomen lucía un brillante amarillo intenso a causa del polen que resaltaba de maravilla mi color verde metálico. La vida de las *Euglossas* es complicada pero similar a la vida recolectora de cualquier otro tipo de abeja.

Por un momento quedé suspendida en vuelo frío, estático, quieto, lo podía oler, lo podía ver. Un campo de amapolas todas ellas con un rojo intenso, que haría salivar a cualquiera que quisiese darme un banquete. Mi tarea era fácil, llegar a ese prado para coleccionar y regresar a casa a descansar, solo tenía que esquivar las ramas del enorme roble que me brindaba sombra. Plegué mis antenas, flexioné mis patas, fijé mi objetivo y volé en línea recta. Frente a mí tenía una agrupación hexagonal de ramas, que me abrían una ventana sin obstáculos hacia mis bellas amapolas. Belleza de hexágono, tal cual la celda de un panal convencional.

Me detuve, algo me forzó a terminar mi vuelo, no podía observar a mi captor. Decidida emprendí mi vuelo veloz pero solo logré lastimarme el ala derecha, mis patas estaban inertes, mis mandíbulas exclamaban auxilio y ahí lo sentí. Pude morder algo fino, resistente, invisible, fuerte, podía sentir la brisa del verano que me agitaba pero no me llevaba la corriente lejos como en otras ocasio-

nes, quedaba inmersa en el mismo lugar, suspendida en el centro de aquel hexágono tintineante entre las ramas de aquel viejo roble.

Sentí un temblor estremecedor, pude ver unas ramas extrañas, largas y finas que no poseían hojas, podría jurar que tuve un cruce de miradas con alguien. Solo diré que fue una fría mirada. Lo siguiente que recuerdo fueron varias sesiones de giros fugaces y vueltas de gran velocidad. Instantes después solo recuerdo oscuridad. Tenía hambre, sed y miedo.

Podía notar que algo debilitaba mis fuerzas, y con ellas mi oportunidad de moverme. Estaba encerrada en algo que me recordaba a mi vieja celda del panal, en la cual pude desempeñar mi metamorfosis con calificación perfecta. Ese día gané mis alas. Sentí un dolor agudo acompañado del sonido desgarrador de mi abdomen siendo horadado. Sentí calor y mucho miedo, mi chispa se apagó, dejé de moverme. Lo siguiente que recuerdo fue verme desprenderme de mis alas, de mi tórax y de mi abdomen. No tenía hambre, sed, ni temor, el trabajo ya no me importaba, pero antes de desvanecerme entre el viento pude observar unas finas líneas brillantes como el rocío que integraban el interior del hexágono, parecían hilos de lluvia, en medio se encontraba mi coraza vacía y sobre ella una criatura de siete patas, ocho ojos y dos horribles colmillos llenos de polen.

Vivía en el ayer

Tenía hambre,
tenía sed,
tenía poco trabajo
y estaba aburrido.

Me aproximaba a mi cuarto día de espera, mi reporte de la semana: una mosca despistada. El calor del día se intensificaba, las brisas frescas se volvieron ráfagas cálidas, mi prosoma estaba entumecido por las largas horas en reposo y mis hileras atentas para desarrollar su tarea en cualquier momento. La vida de las *Nephilas* es aburrida, pero similar a la vida paciente de cualquier otra araña.

Admiraba mi nueva obra de arte, un bello hexágono construido con mis más finos hilos. Una tarea admirable para tener siete patas, es el precio que pagué por mi afortunado encuentro casual con una amable compañera de admirable tamaño, el cual es cinco veces mayor al mío. Mi vida era tranquila a la sombra de las ramas de mi amado roble vecino de un campo de amapolas que cada mañana me deleitaba con su bello perfume.

¿Por qué los ejemplares machos de mi especie estamos tan poco valorados? ¿Por qué debemos de morir o ser desmembrados acto seguido de fusionarnos con alguna hembra? ¿Por qué tenemos que ser hasta cinco veces de menor tamaño que las femeninas? ¿Por qué se nos critica el tejer e inclinarnos por las manualidades? ¿Acaso no es perfecta mi obra hexagonal? Esa hermosa ventana hacia el campo de amapolas, por si no lo sabías los machos también fabricamos telarañas.

Pensar... Recordar... Yo... Un fuerte alboroto me estremeció, pude percibir un leve cosquilleo en mis patas delanteras. Era un mensaje en código, decía: comida. Basado en mi experiencia diría unos 3 centímetros de largo, alado, y a juzgar por el tipo de vibra-

ciones distingo un zumbido, debe ser una polinizadora. Podía sentir la brisa de verano que la agitaba con fuerza, afortunadamente la corriente no la llevaba lejos. Mis hilos son resistentes, y ese forcejeo en medio de mi perfecto hexágono en madera de roble era excitante. Tenía hambre, sed y estaba feliz. Di un acertado salto olímpico cayendo en el centro, terminé de acercarme lentamente para no asustarla; tener patas delgadas y largas es de gran ayuda, pensé. La vi fijamente a los ojos, era una hembra trabajadora, lo podía ver por su carga de polen. Estaba muy asustada, por su forcejeo se había roto su ala derecha. Decidí ayudarle y brindarle un fino vendaje, y creí mejor inmovilizarla para que así no volviera a lastimarse. Un momento después salivé, mis pupilas se dilataron, odiaba eso; el saber que mi instinto me infectaba rápidamente y me hacía cambiar de lugar con mi yo más cruel.

Al ver el capullo frente a mí solo pude pensar: odio cuando gritan. Mi frenesí alimenticio ganó una vez más. Le di la mordida más delicada que pude brindarle, inyecté mi veneno y la bebí. El tener ocho ojos tiene sus ventajas, al verla elevarse e irse junto con el viento pude notar que la había liberado de sus problemas y preocupaciones. Es agradable tener este don, me permite ver cuando se van ligeras a descansar.

Timothy

Hábitat, mitos e ilusiones

La vida en el campo era el sueño dorado. El venir aquí no fue una difícil decisión, dejar atrás la gran ciudad, comida rápida, calefacción, aire acondicionado, ríos de bebidas azucaradas y comida con crocantes carbohidratos. La vida ahí era agotadora a pesar de ser un paraíso, pero el precio de la libertad era desgastante, en una ocasión escuché unos rumores en un club nocturno; hablaban de un tren, el cual haría su último recorrido quedándose por siempre en el campo, con aire limpio, y según uno de los viajeros el destino quedaba junto a un arroyo.

No dudé, mucho había esperado para una oportunidad así. La vida de un soltero es fácil de dirigir hacia nuevos caminos, además estaba desempleado ya que el restaurante donde trabajaba encargándose de los desperdicios orgánicos había cerrado, ese día llegaron unas personas de algún comité de salud e higiene y declararon cuarentena. Mi trabajo era humilde, laboraba de noche para no molestar a los clientes.

Además acababa de lidiar con una fuerte depresión; mi madre y tres hermanas habían muerto en el antiguo departamento una noche que salí a trabajar, cuando regresé las personas encargadas limpiaban la escena del crimen, lo más cruel fue ver cómo movían sin delicadeza los cuerpos de mi familia. Al verme me atacaron, señalaron y persiguieron; tal vez creían que yo era el homicida.

El rumor que ganó por completo mi atención y provocó mi deseo de irme y dejarlo todo atrás fue: «El guardián del árbol», decían que era una entidad alta, fornida, inteligente y bondadosa; que

preparaba la tierra para los cultivos, ofrecía comida y ocasionalmente nuevos hogares a los recién llegados. Era enero, el invierno pasaba, era muy cruel, y así salí de la ciudad en aquel gusano de metal un viernes por la mañana. Nuevo destino, nueva vida y un futuro lleno de esperanza con oportunidades. El viaje fue más rápido y tranquilo de lo que pensé, sin mencionar los hermosos paisajes que adornaban todo el trayecto. El vagón donde viajé estaba lleno de personajes, todos de distintas razas, colores y pensamientos; sin embargo, lo que nos unía era el deseo de volver a empezar.

Cuando llegamos noté que ese destino era tres veces más grande y maravilloso de lo que hablaron los viajeros en el club, al bajar vimos cómo la locomotora se enfriaba mientras perdía sus fuerzas apagando para siempre su ardiente corazón de carbón. Al alzar la mirada todo estaba ahí, el gran árbol del guardián, campos para diversos cultivos, un arroyo, pastizales, y a lo lejos una gran extensión de bosque. Todos salimos corriendo hacia nuestro nuevo destino.

Hice mi casa cerca del arroyo y del árbol; fue una casa pequeña de adobe; lodo y pasto. Algunos dirían que era una casa ecológica, pero a decir verdad siempre quise ser un artesano y dominar el bello arte de la alfarería. Ahí el aire era limpio, había agua refrescante y comida abundante, los vecinos eran amables. Mi vida no podía mejorar, o eso era lo que yo creía. Puedo afirmar con seguridad que mi felicidad incrementó cuando conocí a Gretha, joven, hermosa y trabajadora; campesina de pelo negro y ojos azules como las estrellas. Ella me mostró el valle, a los vecinos, el campo, sus costumbres, las tradiciones y reglas. Me casé con ella y vino a vivir conmigo; tuvimos tres hijos, dos varones y una hembra. Sorprendente fue que nacieran en el mismo parto. Era mi primer año, todo iba de maravilla, estábamos a inicios de mayo, ya no hacía frío y mis pequeños tenían ya dos meses de edad. Mi esposa era la mejor para recolectar los cultivos, yo me encargaba de construir casas para aumentar el vecindario y siempre salía a buscar nuevos materiales para fortalecer la construcción.

Apenas iba a iniciar la época de siembra, teníamos poca comida ya que unos días atrás habían robado nuestras reservas, parecía

que la temporada iba mal con eso del saqueo, además de una rara enfermedad que azotaba al vecindario. Supe de varias muertes fatales, erradicando a familias enteras. Estaba por caer el crepúsculo, la luz era tenue y la brisa era cálida, me había alejado un poco de casa. No estoy orgulloso de haberme perdido, pero mi destino dio un giro inesperado, frente a mí tenía la gran montaña que era el hogar del guardián, era una construcción extraña (los rumores del vecindario la llamaban montaña, pero a decir verdad a mí me resultaba un tanto familiar, me incrustaba la imagen de un departamento de madera) llena de huecos, de algunos salía humo y de otros una hermosa luz. Me acercaría y pediría ayuda al guardián, era extraño ya que tenía un año viviendo ahí pero jamás lo había visto, no sabía cómo, ni qué era; todo quedaba a mi imaginación reforzada con los relatos de Gretha.

Estaba a pocos metros de la cueva principal, me sorprendí de ver que esta tenía una enorme puerta de madera, y ahí lo escuché, pude distinguir un delicado soneto; bofo, seco y tintineante, similar a la lluvia cuando golpea con fuerza la capa seca de las hojas que tapizan el suelo en otoño. Aunque tenía buena visión de noche, no pude ver qué era lo que ocasionaba tan enigmático casca-beleo; mi corazón se aceleraba, podía sentir mi cara cálida por la ansiedad y adrenalina de esa aventura, quería salir corriendo para investigar ese sonido extraño y misterioso pero mi mayor deseo era pedir ayuda al guardián y regresar a casa, no había comido en todo el día y esas piedras púrpura que guardé en la bodega se veían muy apetitosas.

Di tres pasos de frente y lo vi, no estaba seguro si el ser desconocido que observaba era él. Pude ver cómo el suelo era parte de su cuerpo, similar a una gigantesca raíz de roble, gruesa, retorcida y completamente adornada por extrañas piedrecillas que formaban rombos deslumbrantes. Estaba frente a mí, su cabeza era un poco mayor que todo mi cuerpo, en verdad era gigante; pude verle a los ojos: eran amarillos, finos y ovalados. No fue buena idea sostenerle la mirada; era tan firme, fría y penetrante que me paralizó. Algo salió de su boca, era una lombriz larga, viscosa y temblaba con firmeza, detrás de este imponente ser lo vi, pude apreciar el origen

del sonido, la frecuencia del cascabeleo era devastadora; fuerte y golpeada. Era la punta de una lanza llena de ampollas. Algo me golpeó, fue como un rayo, sentí dos pinchazos, uno en mi pecho y otro en el vientre, no pude evitar gritar.

Estaba confundido, adolorido y desubicado, podía sentir cómo mi interior se calentaba rápidamente, en segundos pude saber que tenía fuego en mis entrañas, era inevitable retorcerme en dolor y agonía. En esos momentos lo que me ahogó en terror fue ver que aquel ser extraño me observaba fijamente mientras su rostro enmarcaba una macabra sonrisa triunfal. Escupí sangre y fue el fin, aquella criatura de la noche me tragó entero y aquí me encuentro, aprisionado entre paredes blandas y viscosas. En este momento comprendí tres cosas: que ese golpe veloz acompañado de esos pinchazos borraron mi vida, este baño de ácido borrará mi cuerpo y con seguridad afirmo que el ser que me atacó no era el guardián del árbol. Solo espero que Gretha y nuestros hijos tengan algo que cenar esta noche.

Gretha

La vida de una campesina es ordinaria; aquí en el ambiente rural se vive bien, hay mucho espacio, aire puro, abundante agua, unión familiar, una hermandad de vecinos y sobre todo tenemos al guardián del árbol. Se decía que era una entidad mística de gran tamaño, fuerza, habilidad e inteligencia; capaz de manipular la tierra, el agua, el aire y el fuego, que además podía formar caminos, quitar grandes rocas, contener el agua del arroyo e incluso crear nubes acompañadas de un trueno estremecedor agitando una rama extraña. El viejo Matías nos explicó que en una ocasión estuvo cerca del guardián, tan cerca que pudo verle cuando utilizaba esa rama extraña para crear nubes, escuchó que este la llamaba rifle. Pero para mí el mayor acto de bondad que tenía el guardián para con todos era que cultivaba la tierra, proveyéndonos de maíz, calabazas, trigo, rábanos y zanahorias; todo a cambio de nada.

Vivía con mi padre y cuatro hermanos, la casa no era muy grande, de madera tallada reforzada con adobe; lodo y pasto. Los rumores y chismes volaban rápido en el vecindario, bien dicen: «pueblo chico...». El último rumor que llegó cautivó la atención de todos, se decía que una vieja oruga de metal llegaría el viernes por la mañana y que esta sería permanente, tal vez se transformaría en una mariposa.

El día esperado llegó, era enero y el frío invernal no me incomodaba, estaba ansiosa y muy emocionada, quedé impresionada al ver a esa enorme oruga escupidora de nubes negruzcas. Varios hoyos se abrieron por sus costados, de ahí salieron los que se con-

vertirían en los nuevos vecinos. Comprendí que aquel gigante de metal no era una oruga, y si lo era significaba que los recién llegados se la comieron por dentro. Aún no terminaba mi asombro cuando lo vi: era joven, musculatura marcada, pelo castaño y ojos verde olivo, lo seguí con la mirada al mismo tiempo que la verdad llegó a mí, lo supe de inmediato; mi corazón le pertenecía.

Debo reconocer que en las siguientes tres semanas me convertí en su sombra. Lo seguía a todos lados, sabía sus horarios, con quién hablaba, dónde dormía, qué comía, lo vi construir su casa similar a la mía por su tamaño y materiales de construcción, el tiempo pasó y nos hicimos amigos, él se llamaba Timothy. Le presenté el vecindario, le mostré las costumbres y tradiciones, así como las reglas del lugar; quedó impresionado cuando el guardián del árbol realizó la siembra en mayo, yo no podía creer que Mothy (así le decía de cariño) nunca hubiera visto cómo germinaba el maíz y crecía la milpa, tampoco conocía cómo una calabaza engordaba con cada noche, o siquiera el cielo estrellado con las miles de luciérnagas inalcanzables que tintineaban en las alturas.

En ese mismo otoño nos casamos, mi familia aceptó, mis hermanos se llevaban bien con él y mi viejo padre aceptaba que alguien de la ciudad cambiara los lujos y decidiera empezar su vida campesina y trabajadora. Mothy se convirtió en un gran arquitecto, dominando a la perfección el arte de la alfarería, mientras yo realizaba mi labor como recolectora y cuidadora de los cultivos. Nuestra casa era hermosa, al pie del gran árbol a un lado del cristalino arroyo.

En marzo del año siguiente nacieron nuestros pequeños, dos varones y una hembrita. Eran lindos y regordetes. A inicios de abril una enfermedad azotó el valle, había varios afectados y no sabíamos cómo era el método de contagio, solo sé que los síntomas eran terribles; en trece días la tasa de mortalidad superó a los cuarenta y cinco afectados, azotando a catorce familias, con padres e hijos en un mismo día. Los curanderos y especialistas en enfermedades no podían darle explicación a esta epidemia.

La poca información que había sido distribuida era: mareos, dolores abdominales, sangrados por vías respiratorias, convul-

siones y muerte, esperábamos la ayuda del guardián, y esta llegó; nos brindó unas rocas mágicas color púrpura con olor a menta y chocolate (los vecinos dijeron que eran medicinales). Timothy y yo colectamos siete de aquellas rocas que guardamos en la bodega, que nos habían saqueado días antes a causa de la enfermedad que aparentemente contaminaba el alimento.

Ese día estaba al cuidado de mis hijos, ya caminaban y comían sólidos. Mi esposo salió temprano esa mañana, el hambre nos golpeó fuertemente, tomé cuatro de las rocas púrpuras, con ellas realicé una pasta condimentada y mezclándola con zanahorias era un puré delicioso; bien dicen que una madre se sacrifica por sus hijos, ellos casi se terminaron el puré, yo solo comí dos bocados.

Era inicio de mayo y puedo afirmar con seguridad que jamás odié tanto un día como ese jueves. Esa mañana después de comer el puré de zanahoria el día trajo consigo la enfermedad. Era medio día, mis niños dormían la siesta, fue extraño no verlos jugar después del desayuno, yo preparaba unos cortes de calabaza para merendar, me sentía un poco mareada y noté que mis pequeños tenían fiebre, a los minutos empezaron a delirar, estaba confundida, presentando síntomas de vértigo.

Pasaron las horas y todo empeoró, el dolor que sentían era tan fuerte que hacia retorcer con brusquedad sus delicados cuerpos, no pude terminar de preparar la comida, fue imposible bajarles la fiebre. La luz crepuscular entraba por la ventana, no podían dejar de gritar y retorcerse. Estaba segura de tres cosas en ese momento: la enfermedad atacó a mi familia, no prepararía la cena y mi esposo aún no llegaba a casa. Estaba aterrada, un vecino nos había informado dos noches atrás que una víbora de cascabel mero-deaba por la zona.

Mi pequeña convulsionó, su cuerpo se sacudía con fuerza y ahí pude escuchar cómo su cuello se rompía como un *click*, un recuerdo amargo vino a mi mente; mi padre y hermanos habían muerto días antes de la misma forma. Me encontraba sola en casa, mi hija acababa de morir frente a mí, sus hermanos aún agonizaban, no tardaron en acompañarla; no con un *click* pero sí ahogados con su vómito carmesí.

Estaba desesperada, agobiada y muy asustada. Corrí al arroyo por un poco de agua; una sed despiadada me golpeó de pronto. Di un sorbo y de inmediato un pinchazo azotó mi abdomen, me retorcí en la orilla mientras gritaba piedad, el dolor era indescriptible. Estaba mareada, hambrienta, agonizando, me encontraba sin mis hijos y Timothy no llegaba. La noche extinguió toda la luz del atardecer, las brillantes luciérnagas adornaban el cielo... Pensé en una solución, buscaría al guardián, le pediría ayuda y este me la daría. Caminé cuatro pasos con dificultad, cuando sentí un fuerte desgarramiento que provenía de mis pulmones, obligándome a dar el grito más agudo y penetrante que mi garganta pudo exclamar mientras escupía una burbuja escarlata.

Antes de cerrar mis ojos lo vi, el guardián estaba frente a mí, en verdad era enorme, tan alto como el gran árbol, su cabeza se elevaba hasta tocar las luciérnagas del cielo. Ahí pude ver lo grandioso que era, fui testigo del místico poder sobrenatural que tanto se le atribuía. Tenía una roca alargada en su mano y de uno de sus extremos salía un pequeño sol que lo obedecía iluminando lo que a su voluntad era, esa cegadora luz se posó sobre mí; una vieja campesina que sujetaba su vientre recostada sobre las lisas piedras del arroyo.

El gran guardián del árbol me miró y dijo la frase más confusa que en mi vida pude escuchar. Tal vez era un conjuro mágico o algo así. Él dijo: «¡Cómo odio a las ratas!», mientras tiraba más de esas rocas púrpuras al pie del árbol. Estaba agotada, mis ojos se cerraban lentamente, mi respiración se congelaba y ahí comprendí tres cosas: que Timothy no regresaría, que el guardián del árbol no era el ser amable y bondadoso que todos creíamos, y que esas rocas púrpuras con olor achocolatado no eran medicinales, sino la causa de la enfermedad que azotó al vecindario.

Historias de arrecife

La ilusión de la caverna

Mi vida está llena de cambios y aplico ese principio en todo momento. La adaptabilidad es una habilidad que permite al usuario sobrevivir a toda adversidad, tomar lo que se tiene al alcance para hacerlo propio y usarlo como ventaja. Los tipos de cambio en los que más me he involucrado son en color y textura.

En mar abierto me situé siempre aliado al fondo. La comida escaseaba y los depredadores superiores abundaban, no existía el día en el que un tiburón no rondara o una barracuda no eliminara a otros vecinos de la zona. En una ocasión una corriente marina me atrapó y me llevó lejos de aquella zona hostil, la fuerza del agua me impulsó hacia un arrecife, a partir de ese momento todo cambió. El lugar estaba lleno de color, forma, textura y tamaño. Los corales se llenaban de orgullo por sus brillantes colores; los había rojos, verdes, rosas, amarillos, azules, violetas, anaranjados y blancos. Cientos de peces habitaban el lugar, así como cangrejos, anémonas, tortugas y langostas. Duré muchos años en ese paraíso, aprendiendo, preguntando, respondiendo, charlando...

Me hice conocido en la zona mas una cruel soledad me azotaba con los años. Cada mes mis amigos desaparecían y sus descendientes formaban nuevos lazos de amistad conmigo. Comprendí que sus ciclos de vida no eran tan largos como el mío y su inteligencia tampoco era muy superior. Cada noche desaparecía un pez o un cangrejo, todo el vecindario pensaba que era normal, nadie se preguntaba la causa, aunque tenía un festín sin límites me daba lástima abusar de esa manera de su ignorancia.

Aumenté mi talla, y era más habilidoso de lo que llegué a imaginar. Podía replicar con alta exactitud el tono y la textura de cualquier coral de la zona. Podía mimetizarme y perderme por completo en el arrecife. Mis tentáculos portaban una fuerza descomunal y mis anillos púrpura resaltaban con mi piel verdosa, esos tonos llamativos de color mantenían a los depredadores alejados, pues así les informaba que era venenoso. Con el pasar del tiempo todo el arrecife me idolatraba, era su guardián y al final me convertí en un sabio. Las criaturas del arrecife acudían a mí por respuestas, opiniones y consejos. Cuando el hábitat se pobló de nuevas especies como hipocampos, tortugas, medusas y camarones decidí que era tiempo de retirarme. Conversé con los miembros más ancianos de cada especie, así sabrían dónde encontrarme si había problemas. Me coloqué en el límite del arrecife, un risco se encontraba al otro lado. En ese momento una roca flotante surcaba la sima del arrecife, colisionó y se hundió hasta el fondo. Varios seres con cuatro extremidades nadaron hacia la superficie desesperados por alguna razón, mientras analizaba lo sucedido algo llamó mi atención. Una roca extraña chocó en el fondo y de ella brotaron cientos de piedras brillantes, perlas y otros objetos dorados.

Un banco de algas cubría la zona y en ese momento supe que ahí sería mi nuevo hogar. Al revisar el área descubrí muchas cosas; objetos extraños y sistemas avanzados de construcción. Sobre mi descubrimiento, el que más me cautivó fue aquella roca de madera que contenía piedras preciosas, perlas y hojuelas doradas en su interior. Entré y quedé maravillado. Ningún otro depredador podría entrar para cazarme pero yo sí tendría la facilidad de entrar y refugiarme o salir para cazar.

Ocasionalmente algún pez curioso llegaba a mi guarida, en otras ocasiones alguna langosta, y a veces cangrejos. No tenía tanta disponibilidad de alimento como en el arrecife, pero al estar literalmente cerca de este la comida nunca escaseó. Desde mi posición podía ver grandes maravillas a lo largo del año, migraciones de mantarrayas y ballenas, bancos de peces y bancos de medusas; cada estación traía consigo una maravilla nueva.

En una ocasión un cangrejo perdido llegó a mi hogar, entró sin tocar o pedir permiso. Fue atraído por el brillo de aquellas piedras preciosas, una vez dentro lo cautivé con mis colores, podía formar anillos, puntos, rayas y siluetas en mi piel; cada una en un color diferente con un destello único. Aquel cangrejo quedó perplejo ante tanta maravilla. Me acerqué con mis tentáculos rodeando las paredes del refugio, comencé a girar y esto acompañado con mis colores hipnotizó al cangrejo. Lo rodeé con mis tentáculos y desprendí sus patas antes de que el efecto de color desapareciese. Le despojé de sus tenazas capaces de causarme daño. Le arranqué los ojos y separé su exoesqueleto. Inyecté mi veneno paralizante y ahí comí el gran festín de aquel cangrejo azul.

Me pregunto si su visita habría sido accidental o con toda alevosía. ¿Sería como los cangrejos del arrecife? Por su color azulado sé que no era de ahí, tal vez era un viajero. Me pregunto si ese curioso ejemplar también formulaba preguntas de las que a los cangrejos bien se les atribuye.

Flores vacías

Emmanuel Alejandro Arias Camacho

A quien clavó las espinas en mi corazón
y a quienes trataron de sacarlas...

Flores vacías

De las profundidades del océano un desierto arde
dunas de sangre que abarcan nuestra totalidad
en aquel desierto construimos un castillo
bajo él

 piedras

 anhelos

 sangre

sobre la arena, nuestra vida
misma que daba por ti
piedra que arde

 quema

 duele y destruye.

Junto a nuestro mar, un grito ahogado se vuelve tierra
y en ésta naces de nuevo
me ardes Prometeo tus cadenas lastiman
mi cuerpo se vuelve fuego mojado
ardo

 ardo

 ardo, Prometeo, me quemo

me miras y tomas mi sangre
comes mi cuerpo y me vuelves nada
cometa Halley

 me vuelves

 espacio.

Tiempo, me vuelves aire
pasado que viene mañana

de nosotros no queda nada.

En mis sueños te beso,
no respiro
en mis sueños naufragamos,
te beso
en mis sueños hay guerra
en la cama te beso
me besas
en la cama me hieres
sangro
en la cama sangro
de la sangre nacen heridas
y de las heridas nacen flores color grana.

Tempest

50 °C

Despierto y el auto corre a 126 km por hora. El día murió y las estrellas se reflejan en tus ojos, soy etéreo y como el viento que invade nuestro auto, me vuelvo polvo. Nosotros y la velocidad, la carretera y la cósmica oscuridad. Hiberno entre tus piernas, siento la fuerza del motor en mi rostro, miro al cielo y hay figuras geométricas en él.

Luces.

Una aurora boreal.

Subes la velocidad y desapareces.

La carretera parece infinita, estoy en un desierto. La tarde tiene una armonía, instrumentos de viento. Por momentos siento que el auto se ha despegado del asfalto. Relámpagos. Comienza a llover pero el techo no sirve, en el cielo se forman arcoíris.

La inclemencia brilla.

Diamantes.

A lo lejos un volcán de lava neón hace erupción, la tierra se desgarrar. El auto se aparca sobre la carretera, camino bajo la lluvia. Mi cuerpo es fuego y alumbro el camino. El fuego me consume, soy parte de él, parte de ti.

Me vuelvo ceniza.

Tormenta de fuego.

Te encuentro.

Brasil

La ciudad tiene un tono verde, las vías del ferrocarril pasan sobre mi cabeza con dirección a Brasil. En mi boca, tengo aún el sabor amarillo del autoengaño, llevo en mi perfume los sonidos de un adiós. Llego a mi destino con la sensación de un camino no iniciado. Llego a mi destino sin saber cuándo comencé a caminar, sin saber que eras tú mi destino llegué.

El drama es la electricidad que mueve esto. Aquello. Eso otro. Es el miedo, el mío por ti, el vagón que me transporta, tu cuerpo, tan frío, las vías que lo llevan al abismo. La abstracción de la ciudad es lo que vuelve excitante a la misma, hay algo en ella que siempre veo en ti, caótica confusión, ambos son un camino bañado en niebla, son la distancia que se confunde con el tiempo. En esta ciudad vivo lo que en ti viví. Caos. Tremendo el gris que se apodera de mi cuerpo, años que pasan en reversa, momentos que no han sucedido pero aun así los recuerdo lejanos. Caos y confusión, el perfume de tu cuerpo. Madera y flores, el árbol y el fruto en flor. Eso eres. El nacimiento.

Decidí dejar tu cuerpo enterrado allá, por allá, más allá. En aquel valle que me vio nacer, que me vio morir y al final de cuentas, renacer. Aquel verde valle donde las vías del tren dejaron de pasar mucho antes de colocarlas. Es aquel valle donde nos conocimos, y es en el valle aquel donde nos desconocimos. De ese lugar no queda nada, solo los recuerdos de las personas que amé y los motivos por los cuales los abandoné.

El tren que se dirigía a Brasil llegó sin pasajeros, nadie decidió abordar en último momento, los comprendo, yo mismo me he quedado con boletos en una mano y la incertidumbre en la otra. Me he visto siendo el tren, sin pasajeros que quieran subir, hasta en el peor de los casos me quedé sin Brasil.

He puesto aquella canción en bucle, se ha repetido diez veces cuando poco, pero sigue sonando nueva, pero sigue sin escucharla nadie, nuestra sigue siendo. ¿La escuchas?, es tuya. Me acuesto sobre tu pecho y te vuelves cenizas, te inhalo y no me despierto, al contrario, me duermo, para llegar de nuevo a ese punto donde las vías inician me duermo, ese mismo lugar, donde el camino termina, donde estás esperando, donde estamos.

Boreal

Tenía seis años cuando conocí el mar. El cadáver de mi madre adornaba la arena de aquella playa, su sangre teñía de rojo el agua que su cuerpo alcanzaba a tocar. Mi padre, inconsolable, lloraba aún con el arma en la mano, como era de imaginarse, no fue mucho el tiempo que pasó antes del segundo disparo, recuerdo el sabor de la sangre de mi padre, sentirla en mi rostro era una experiencia sonora fuera de este mundo, con mis manos terminé de cubrir mi cara de aquel fluido. Me recosté sobre el cuerpo de mis padres, la marea subía y con las horas comencé a escucharla, era gloriosa, su canto, su jodido canto llenó mi cuerpo de flores y espinas, su canto, su jodido canto aturdió mi mente y me hizo

caer, cuando el agua cubrió nuestros cuerpos pude verla, la vi y era hermosa, la vi y sentí mi hogar.

Nervio

Lastímame por última vez
bésame hasta dejar sin oxígeno mi cuerpo
con tus manos tómate por el cuello y recuérdame la nada que soy.
Necesito oler tu cuello una vez más
saber que ese perfume ya no toca mi piel
esta que sin tu cobijo ha naufragado en aromas lejanos.
Quiero tocarte otra vez
sentir los polígonos de tu cuerpo encajar con mis abismos
~~sentirte dentro~~
sentirte mío.
Háblame al oído
con un tono grave grítame
grítame tan fuerte que tu voz nunca salga de mí
que me tome fuerte
como una telaraña por todo mi cuerpo
me atrape.
Lastímame una última vez
te lo ruego.

La hora del té

La lluvia terminó pero el té ya estaba servido, de manzanilla, tu favorito, te ayudará a dormir. Tenía mucho sin verte, luces más alto desde la última vez. El comedor de la abuela y los manteles de tu madre, sobre estos están bordados dos cisnes, cuando éramos niños jugábamos a ser ellos, nadábamos en el lago, ¿lo recuerdas? Nuestro primer beso, era de noche, pretendía besarte yo a ti pero tú fuiste quien me robó el alma, oh, el final inesperado, oh, los cisnes que viven en el mantel.

¿Tienes frío? Te ves pálido, los invitados comienzan a llegar, yo no me he vestido y tú sigues fuera, sacarte del ataúd fue mala idea.

Calcio

Rompe delicadamente mi v

É

R

T

E

B

R A, saca la médula de mi cuerpo,
haz con ella una corona y úsala cual rey
llévate mi último gemido entre tus labios
desgarra mis intestinos hasta el anochecer
cuando mis latidos sean lentos lleva mi corazón colgado de tu
boca hasta el bosque
que mi angustia repose
entre tus d e t s
i n e

Arrástrame al río, quiero nadar por siempre
que el agua humecte mis labios para ellos
bésame antes de que pierda el calor que me entregaste
ellos están cada vez más cerca, vienen por ti
corre
corre
corre
corre
corre

CLMLLS

E
N
T
I
E
R
R
A

tus colmillos en mi cuello
mi sangre aún tiene ese sabor a gloria que tanto disfrutas
soy tu premio
guarda mis colmillos a manera de recuerdo
come alguno cuando me extrañes.
Quiero volver a crecer dentro de ti.

ATL

Nacimiento efervescente,

caótica armonía.

Gritos de guerra y llanos en llamas.

Rojo asfixiante, humo metálico.

Soy etéreo, de un grito desgarrador

nazco y

desaparezco.

Iridiscente con el sol

me vuelvo,

caigo y soy espuma.

Me sumerjo y en lo más profundo te encuentro,

llave de todo conocimiento,

te encuentro.

Renazco en la oscuridad de tus aguas,

soy incierto, misterioso ente de cuerpo cambiante.

Figuras yuxtapuestas,

navíos en

altamar.

Náufragos.

Burbuja tornasol. **Catástrofe.** Golpeo las piedras
y vuelvo a perderte. Burbuja de dolor.

Boreal.

Gigante del universo, me respiras al oído
y escucho tu nombre.
Me evaporo.
Soy de fuego y ardo bajo nuestro techo.
Me pierdo para encontrarme,
te busco para hallarme.
De tus aguas me nutro,
Dios onírico, de tus
aguas bebo.
Llamo tu nombre, y solo escucho gritos, Atl, no me
respondes. Te has ido
lejos.

Popocatépetl

La maldita distancia me hiere hasta lo más profundo, recorre mi cuerpo y me hace caer, los metros asemejan kilómetros, su mirada me parece lejana y ausente. La lluvia moja su cuerpo y el silencio habla por nosotros; han sido días caóticos donde el remordimiento me come por dentro, la esperanza muere y no renace. Palabras que escribo y callo, sentires que oculto tras un abrazo, llanto que ahogo mordiendo mi brazo, reclamamos que guardo dentro de un «nada pasa». Me mira y sospecha algo, no he sido el mismo desde la última vez, nuestras miradas cruzan pero no soltamos señales, me parece tan indiferente, un extraño en la cama, extranjero ante los roces de nuestros cuerpos.

El coloso comienza a rugir.

Solo él y yo ocupamos esta habitación; blanca, húmeda y sobria. Somos conscientes de la presencia del otro pero la ignoramos, escucho su fuerte respirar, caótica excitación, el extranjero se aproxima a mí, rompe la barrera íntima y me toma a la fuerza, me toca en lugares que no puedo reconocer, no me gusta, le pido que pare y no lo hace, me desgarrar, habitación manchada de rojo, le excita, se ha vuelto una bestia, con fuerza inmensurable juega con mi cuerpo cual muñeco vudú, clava el alfiler más grande en mi corazón, comienzo a desangrar en la habitación blanca, es temporada de cacería y soy su presa fácil, aún herido me resisto a sus ataques, mi cuerpo es débil pero mi voluntad fuerte, logro escapar de sus garras, mis ojos cansados desisten ante su grandeza. *El coloso lanza el primer golpe.*

Despierto y estoy solo, bebió la sangre del piso y se fue, no dejó rastro esta vez, no hay indicios de que pueda volver, pero aun así temeroso lo espero, tengo miedo de escuchar su voz y ya no sentirla mía, sentir sus palabras a lo lejos y que no me correspondan. Miedo de que mis pesadillas se vuelvan premoniciones, vi mi muerte y no fue con él, temo que el olor emanado por su cuerpo no vuelva a ser perfume mío, que deje de ser mi animal. Escucho una risa siniestra a lo lejos, viene por mí, tan solo ha pasado un día desde el último ataque, mi sangre no le basta, quiere más pero no sabe lo que es, escucho golpes en la puerta, es él. *El coloso está presente.* Es un bárbaro, amorfo, es grotesco y hediondo, abandonó su figura humana hace mucho tiempo, su mirada es aterradora, sus ojos desalmados, su lengua es roja, tan brillante que puedo verla aun mientras el hocico tenga cerrado, es una bestia infernal. Me mira desde la puerta pero no dice nada, siento su aliento penetrar la immaculada habitación, entra a paso lento, tiene algo entre dientes, habla y no le entiendo, deja caer lo que tiene en la boca, parece ser el cadáver de un conejo blanco, recién lo ha cazado, aún brota sangre fresca de sus heridas, la bestia abandona la habitación y me deja a solas con mi nuevo compañero, estamos solos; el conejo, la habitación vacía, la muerte y yo. *El coloso siente.*

El conejo está vivo, lo tomo con mis manos y lo llevo a la esquina de la habitación, ha dejado un rastro de sangre, presiono las heridas de su cuerpo con mis manos, todo estará bien. La bestia no atacó al conejo, no son heridas de dientes, fue algo más. Algo dentro de mí me hace dormir, por más que resisto pierdo la batalla. Despierto y el conejo blanco está mejor, no había sangre en el suelo, en su lugar una caja de madera se encuentra junto a la puerta. Abro el baúl pero solo hay un pequeño trozo de papel en él. Dale un nombre —dice—, miro al conejo, Blanco —pienso—. Algo se desliza por la puerta, es un pequeño collar, tiene inscrito el nombre del conejo, acompañado a este otro trozo de papel —Ahora tiene nombre—. La risa siniestra de nuevo, Blanco, asustado, se mete entre mi abrigo, de regreso a nuestra esquina segura. Se abre una puerta y la mano del animal se observa, tiene dedos largos, parecen serpientes con vida propia, las manos sostienen algo, un pla-

to, lo dejan en el suelo y lo deslizan hacia mí, es comida —no se ve apetitosa pero no recuerdo la última vez que comí—, la puerta se cierra. No ha pasado un minuto cuando esta se abre de nuevo; ahora, junto a un papel, un plato aún más pequeño, —Dale de comer—. El conejo está más confundido que yo, intento calmarlo acariciando su pequeño lomo mientras él come sus verduras, trato de dar bocados a mi comida pero no puedo, no le encuentro forma, tengo miedo de que esté envenenada, no puedo comprobarlo pero lo sé, tampoco puedo dársela a Blanco, moriría y no sé qué me haría la bestia si este muere. *El coloso no está solo.*

No falta mucho para que el animal regrese, siempre viene al caer el día, me mira hasta que yo caigo dormido y luego se marcha. Ya son altas horas de la noche y no hay rastro de él. ¿Desde cuándo está ese reloj en la pared? Cuando entré por primera vez en esta habitación solamente estábamos él, las cuatro paredes y yo. Después hubo dos sillas pero no duraron mucho, enojada la bestia las rompió contra mi cuerpo. A estas siguió una mesa, donde él me hacía el amor sin piedad, un día desperté y ya no estaba, posiblemente se aburrió de ella. Duré mucho tiempo en soledad, ayer llegó este conejo y hoy este reloj. Tengo tanto tiempo aquí que no recuerdo qué es lo que hago en esta habitación, ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién me trajo? ¿Por qué sé que la bestia alguna vez fue humano si ni siquiera recuerdo quién soy yo? Se escuchan ruidos afuera, pero no es él, es un respirar diferente, son muchas respiraciones al mismo tiempo, Blanco se asusta y brinca hacia mí, lo guardo en mi abrigo, este se mimetiza con la textura y es irreconocible. Los seres detrás de la puerta tratan de abrirla pero fallan, la golpean fuerte pero es inútil, es demasiado resistente. A lo lejos se escucha un rugido, es él y está enojado, minutos de silencio hasta que se escucha una pelea, la bestia intenta alejarlos de la puerta, nos está cuidando, los gritos que se escuchan afuera son horribles, no recuerdo sufrimiento peor, tengo miedo de que él me haga lo mismo algún día. Todo se ha terminado, no hay más ruidos. El reloj no tiene números, tampoco manecillas. Los ojos del conejo son números. 26. *El coloso está cerca.*

La voces no me han dejado dormir, 26, 26, 26, ¿qué significa todo esto? Despierto y el conejo se ha ido pero sigue presente, es difícil de explicar, su piel está aquí pero está vacía, pareciera un títere sin mano que lo controle, el reloj también ha desaparecido, 26, la puerta de la habitación tiene un número, 26. *El coloso emerge.* La habitación ha desaparecido, estoy en un bosque y es de noche, hace mucho frío, una niebla espesa me atrapa, intento soltarme pero estoy muy atrapado, en un árbol distante se alcanza a ver un cuervo, solo tiene un ojo, el otro parece que fue retirado, en lugar de ojo tiene un número, 2. Otro cuervo se posa al lado de él, igual solo tiene un ojo, el otro es un número, 6. Un fuerte estruendo hace rugir la tierra, la niebla pareciera tener vida propia, con el ruido me ha dejado libre. Comienza a salir fuego de la tierra, rosa de fuego, todo el suelo grita, caos, algo emerge de la tierra, un volcán, su tierra es oscura, lava volcánica, caótica tempestad, hay más seres en el bosque pero sin huir del fuego, al contrario, parecieran ser atraídos a él de una manera natural, la gran montaña pertenece a ellos. Dentro de mí algo me hace querer acercarme a él, un viento me hace danzar hacia dentro del volcán, mi cuerpo arde, no percibo dolor, parezco distante, ajeno a lo humano, me he desconectado. *El coloso rompe las cadenas.*

Despierto en la habitación del hospital, todo ha sido un mal sueño, mi conejo de felpa me acompaña en la cama. Tengo la boca demasiado seca, parece que no he tomado agua desde hace meses, llamo a la enfermera, me trae un jugo de uva, de esos de cajitas de cartón, le falta la pajilla, cuando se la pido me doy cuenta de que la enfermera no tiene ojos, en su lugar tiene el número 26. Trato de ignorarlo, ella sale de la habitación, ¿qué hago ahora? Tengo que salir de este lugar, trato de no hacer ruido al bajarme de la cama, el conejo comienza a chillar, en un ataque de pánico lo tomo a la fuerza y le arranco la cabeza, no había sangre, estaba relleno de pequeñas semillas, su cuerpo se deshilaba como si fuera manejado por un hechizo. Salgo a gran velocidad del cuarto, hay muchos pasillos en el hospital, no encuentro la salida, no parece que exista una. En el otro extremo del pasillo está una bestia, no es el mismo animal de mi sueño, este es diferente, es más aterradora.

dor, corro más fuerte pero el pasillo parece no terminar, trato de abrir una puerta, cerrada, otra puerta, cerrada igual, la tercera sí se abre. Habitación número 26. *El coloso ha muerto.*

Habitación blanca,

este cuerpo no me pertenece,
caótica confusión.

El conejo blanco ha muerto, lo he matado yo. Mi piel es de tela, hilo negro. Las paredes han caído, no soy libre.

Caos. Abstracción interna.

Estoy roto.

Ardo a fuego lento.

Este edificio no tiene salidas de emergencia.

Habitación 26.

Rosa de fuego. Ya no hay tiempo para escapar de sus garras. Es hora de morir.

Tengo miedo.

El coloso está dentro de mí.

Soy yo. El coloso soy yo.

Latidos fuertes

María Guadalupe de los Ángeles Rubio Castañeda

Usé mis sentidos para recordarte.
Olor a tu esencia
Terca voz que grita tu nombre
Sabor a miel en tus finos labios
Humedad en tus lentas manos
Delirio mientras te miro manejando.

Pasos

Doscientos ochenta y nueve pasos hasta la puerta de tu casa: llegué, encontré las luces apagadas, las ventanas no tenían cortinas y pude ver tu ausencia. Di un paso más. Doscientos noventa. Te habías ido, tu jardín frontal repleto de hojas secas, el buzón de cartas vacío. No estabas. Menos veinte pasos, doscientos setenta, tus vecinos me miraban retroceder, las luces de la calle se encendían solas, me detuve un momento.

Si algo sabía era que no te irías sin el imán que alguna vez fue mío y guardabas dentro del buzón. Regresé, doscientos ochenta y dos pasos, abrí el buzón, ya no tenía candado y menos tu esencia, allí estaba el imán y tú te habías ido. Caminé a mi casa, pensé que estarías allí para despedirte de mí. Me dirías que olvidaste llamarme, pedirías que no te olvide y dirías que pronto estarías de regreso.

Hice la parada en la ruta setenta y seis, me tomaría treinta minutos llegar a casa. Este cruzó por la avenida quince y periférico. Desde la ventanilla aluciné creyendo que te miraba, solo era un hombre vestido de ti pero no eras tú, cerré los ojos, quería reservar mi vista hasta llegar a mi destino.

Alguien hizo la parada, calle cincuenta y cinco, bajé tres escalones, mis pies tocaron el suelo húmedo, la lluvia había llegado antes que yo, seguí caminando, la puerta de mi casa estaba a veinte pasos más, la abrí mientras deseaba que estuvieras sentado en el sofá, esperándome. Mis dedos tocaron el apagador, la luz iluminaba y no te encontré. Me di cuenta de que había nuevos pasos a seguir.

Noctámbula

Neciamente he estado
Ocupando la noche,
Como la gente ocupa el día.
Tarde, es muy tarde,
A lo lejos alcanzo a
Mirar que se aproxima,
Bello, tan bello.
Un millón de luces
Llenan mis pupilas,
Aún soy noctámbula.

En mi boca has sido María

Comienzo mirándote, mis labios tocan tu piel, respiro ante tu cuello, cierras tus ojos mientras te desvisto y te sientas sobre el escritorio. *Baje más*, dices, las yemas de mis dedos han encontrado tus pequeños pezones. *Eres mi pecado, María. Cubres mis manos con tu piel, te estremeces en mí, un suspiro fuerte y cierras los ojos.* ¿Qué estarás pensando? Te mantengo inmóvil, observo que tus labios se contraen, el silencio pasa mientras te tengo; tu mirada sigue a mis manos. *Estás a salvo.* Tus manos encuentran mi sexo. *No lo hagas, María.* No haces más que mirarme y solo pienso: *hace tiempo que no me mirabas así.* Besas mis labios y pides que no me mueva. *No, María.* La sangre ha viajado por mi cuerpo hasta encontrarse con tus manos, ondas de ti circulan en mí. Termina entre tus brazos, mis ojos te ven mientras abrocho mi cinturón. Cruzas la puerta vestida de virgen y con mi esencia impregnada en ti.

En mí guardarte

Cierro mis ojos deseando que su imagen nunca se borre de mi mente. Trato de mejorar mi toma, la luz ahora ilumina la mitad de su rostro, mueve lentamente sus labios contándome cómo estuvo su día, la velocidad es perfecta, no hago otra cosa que no sea capturarlo. Tonos grises y verdes ausentes, su sombra se pierde ante la ventana, el aire del ventilador juega con sus lisos cabellos, él me está mirando, ojos grandes formando un arco, su piel se convierte en humo, han desaparecido sus manos. Abro mis ojos y solamente estoy soñando.

Sábado 11 de abril de 1992

Estaba sola, habían pasado dos años desde que te conocí y apenas siete horas desde el primer segundo del sábado. Solo me preguntaba: ¿En dónde estabas? ¡Toc, toc, toc! Un minuto después llegué a la puerta; era doña Elena, tu madre. Mi mente daba vueltas tratando de encontrar un recuerdo que me guiara hasta ti. Salimos de casa, ella sosteniendo mi brazo izquierdo y cuidando mi bolso, yo con ese vestido de maternidad que me compraste en uno de tus viajes.

Subimos al carro viejo de tu padre, don Alberto manejaba a cien kilómetros por hora, doña Elena me enseñaba un poema que seguramente te recitó cuando naciste, dijo que era de buena suerte para el bebé. Solo quería llegar a nuestro destino, ese en el que seguramente todo sería nuevo. Llegamos a la sala de emergencias; no estabas. Tus padres llamaron por teléfono a los míos; ellos llegarían en el vuelo nocturno.

Veinte minutos después mi vientre formaba figuras extrañas y un dolor brutal. No saldría de esa, el doctor Medina me lo había dicho, era probable que no despertara. Me sentaron en una silla de ruedas y el enfermero me llevaría hasta el quirófano. Crucé la mirada con los ojos de tu madre creyendo que sería la última vez que los vería, tu papá ni siquiera pudo verme. Volteé a la puerta de la entrada y tú no estabas, no habías llegado. Era el inicio de una nueva vida, pero el final de otra; la mía.

Estuve en una fría cama, rodeada de personas ajenas. ¿Por qué no estabas conmigo? Los dolores eran más fuertes, me aterraba.

Mis piernas abiertas, luces amarillas que me cegaban, aire helado, los doctores frente a mí, y una enfermera sostenía mi mano. Respiré, una lluvia de sudor corría por mi frente, escuché un llanto, intenté abrir los ojos y miré las sonrisas de todos. Mis brazos temblando recibieron a un nuevo ser, más tarde una enfermera me avisó que el padre de mi hijo se encontraba en la sala de espera.

Astro Immortalem

Jesús Kabir Arriaga Madera

Girasol

Entonces, cuando la gente solía perderse, llegó él. Era apenas un niño, con labios carnosos y rojos como las fresas, cabello oscuro como los robles, piel blanca y suave como el azúcar y todos lo adulaban, lo amaban, lo consentían como a ningún otro. Pasaba el tiempo y a medida que crecía se convertía cada vez más en aquel hombre lleno de luz, consciente y emocional, pero era tan maravilloso que en ocasiones ni él mismo lo creía. Su presencia siempre era notoria y, aunque muchos lo envidiaban u odiaban, al final del día su luz seguía intacta. Se convirtió en un hombre peculiar; hombros no tan anchos, ojos profundos y escurridizos, manos inmaculadas, sobresaliente al caminar, sonrisa altanera y retadora, sensualmente dulce, tenía un lado oscuro que no cualquiera entendería. Su espíritu, totalmente sabio; con hambre de nuevas experiencias y unas ganas voraces de encontrar su verdadero camino. Parecía que su corazón era reservado y difícil de romper, sin embargo, detrás de esa armadura brillante, tan limpia y resistente como los rayos del mismo sol, se encontraba la magia más pura de su ser, pocos fueron dignos de ver tal magia, pues a pesar de tan poderosa, era especial. Estar con él era pasar el tiempo lleno de júbilo, de alegría, de clase, sonaba como un dulce jazz reconfortante para los sentidos, purificando la mente aligeraba la vida. Dentro de ese halo de impenetrabilidad escondía su verdadera pasión, su debilidad, algo que lo hacía levitar, algo que nunca había sido en realidad un problema, hasta que lo vio por primera vez. Sus ojos brillaban como nunca, sus sentidos intensificados. Su piel

se erizó al verle y algo dentro de él se lo dijo y lo creyó. Varias lunas pasaron para que cruzaran palabra, pero cuando lo hicieron sus mismas palabras los encadenaron llevándolos a experiencias nunca antes contadas, nunca antes vividas o incluso nunca antes imaginadas. Para él enfrentar el mundo a su lado era pan comido, las adversidades ni siquiera le hacían ruido ni le quitaban el sueño, había paz y se sentía tan capaz, tan valiente, entero. Surgieron los atardeceres necesarios y estaba ese día lleno de húmedo frío cuando la niebla alcanzó a cubrir su corazón y un poco de su razón, esa ceguera emocional lo llevó a una catarsis que tarde o temprano tenía que enfrentar. No pasaron tantas horas de aquel incidente para que se decidiera a verlo, y frente a frente comentarle la manera en que su amor no veía final, le quería cerca para toda la eternidad, y entre pestañeos y palabras confusas la verdad emergió por fin de las entrañas de quien un día fuera su completa felicidad. Le dijo que el tiempo no era aún suyo, necesitado de una estabilidad que siendo sinceros era brindada desde el primer día, ese caballero lastimado y mal herido no era aún capaz de amar. Entonces el cielo crujió, llovieron sus ojos, llovió su corazón y tal empatía era incomprensible, pues con el corazón destrozado y en pedazos tuvo la certeza de que solo los valientes aman en totalidad, y siendo valiente e íntegro en totalidad, con las heridas sangrando, lo amó, después de todas aquellas flores marchitas, vivió. Fue esa la prueba más grande de su amor, fue aquel instante crucial donde, en lugar de perder, por fin se encontró.

Learning: How to Drive my Black 60's Corvette

Hace tiempo que lo perdí, pero, ¿cómo puedes perder algo que nunca has tenido? He vivido siempre en los extremos, es esa la razón por la que entre mis conocidos la fama de intenso y aventado me acompaña ¡y vaya que forma parte de mí! Pero soy mucho más que un joven extrovertido y risueño, más que un obstinado con causas ausentes, soy más que mi divina apariencia terrenal desnuda o mi complejo y sincero discurso, soy más que mis reflexiones de la vida o mis planes para esta, soy valiente, me encuentro encantado con la adrenalina del drama y podría apostar que es mucho más que genético, hay tantas cosas del mundo allá afuera que quiero transgredir, apropiarme de ellas, pero por otro lado hay cosas de este mundo que no es más que el foráneo pero limitado que realmente desearía poder ignorar como vil joven enajenado, ¿pero cómo lidias con lo que es, si no es aceptándolo? Sí, por supuesto que he perdido el control, pues parece que mi manera de funcionar en ocasiones es inversa, primero lo pierdo y cuando vuelvo a echar un vistazo esperando que aquel mundo esté fuera de mis manos ya lo estoy sosteniendo. Es difícil hablar sobre mi clan, ahora tomo decisiones *amateurs* y la mirada se me nubla al grado de perder el hilo de las cosas sin saber qué hacer o cómo hacerlo, para mi suerte los impulsos que reconozco no son ni oportunos ni suficientes, en dado caso. Desprenderme del mundo se hace más fácil si el mundo mismo es quien se aleja de mí, y es cuando descubro que en realidad no hago tanta diferencia, pero si la hago es bastante notoria. Supongo que todo eso reside en que, a diferencia

de muchos y con el paso del tiempo, he aprendido a brillar con mi propia luz —aleatoria me encandila a mí también—. Cada día estoy más cerca de saber quién soy y ligado a esto me doy por enterado de todo aquello que me conforma y construye. El insomnio reflexivo me conduce eventualmente a enfrentar mi realidad predestinada y no es que tenga yo algún lío con el destino, es implícito el saber que mi interés acerca de la vida y las patrañas que la acontecen es elocuentemente elevado, cosa que al final del día en estos instantes donde el tiempo se vuelve un concepto insignificante de alguna manera y por alguna razón me transporta al respetuosamente intachable Edén, lugar en el que me pregunto: ¿valdrá la pena? Pero la respuesta la conozco desde hace varias temporadas, siempre está ahí, en mí, en cada lugar que miro fijamente mientras mi mente vuela, haciendo un ruido que suena a jazz callejero con un montón de conceptos por resolver, en una realidad abstracta que no hace más que obligarme a entender lo evidente, lo tengo que descubrir, y ya casi llego.

Fulgor asfixiante

Yo conocí el amor, es muy hermoso, pero en mí fue fugaz, y traicionero, volvió canalla lo que fue glorioso, pero fue un gran amor, y fue el primero.

Agustín Lara

La tierra manifiesta vida en mi interior y trato de huir, mi felicidad se ve atacada y hasta nulificada. Una gran montaña rocosa es el lugar donde me encuentro, hace frío de ese que arde... hay una suspensión del tiempo que afecta la percepción que esculpo de mí mismo y la vuelve abstracta. He pasado centenarios enteros viviendo en este instante de mi vida, estoy atracado en el alba, siento ansiedad de su calor, extraño el sol y lo único que recibo son destellos vagos, pequeños rayos débiles de esperanza, esperanza de ser algo más. Me duele, mi alma está aletargada por el miedo, por el desasosiego, llena de incertidumbre, todo esto ahogándome, recordándome la disnea de la cima y justo en esta cumbre el oxígeno jugueteando con mi vida apenas me permite sentir la densidad de las pequeñas nubes rozando mi piel, siento náuseas, sus besos embriagándome de aquel frenesí, mismo del que intento desprenderme. Logro hacerlo y lo afronto, estoy al borde de su abismo, si me acercase un poco más a él, caería, si me quedara atrás nada sería. Mi miedo trasmuta su energía, y mi adrenalina vive, surge, se activa, todo es oscuro, como aquellas cortezas de roble que asemejan sus ojos. Admiro el cielo con tal claridad que puedo saborear el brillo de las estrellas, percibo el olor de los orgasmos cósmicos generados por la interacción de nuestros astros, es mío por un momento, siento el color, la textura de mi tierra y me inclino ante ella, entregándome a su voluntad y vuelvo a ser la cumbre. Sigo ahí, en el abismo de siempre, pero todo parece iluminado por aquella luz radiante y artífice de sus pupilas, aquella que solo yo

puedo ver, sentir y encender, o al menos eso pretendo. Vuelve mi alma a rozar tu piel, sus labios llenándome de mi jugo vital, mismo que me eleva, me calma el cansancio, me cura las náuseas y me hace sentir real, aun por una escasez de segundos. En las alturas, un vuelo sublime en medio de nada, contemplándolo todo, íntegro, observando de nuevo su ser transparente que nadie más ve, ahí es donde me encuentro yo, helado por aquel invierno intenso y momentáneo que atrofia mis sentidos dejándome en la nada de nuevo, sin tener que tan solo vivir; y arrojó mis memorias al aire, expulso sus mieles de mi astro, la fe decide retirarse, mis miedos se eclipsan, la esperanza desaparece, contemplo la huida de lo que alguna vez fui, respiro y entonces salto, dejándolo todo, quedándome en los restos de mi elíseo, para tomar otros vuelos, para respirar otros orbes, para contemplar nuevas vidas, para sentir destellos reales, para nunca irradiar ese cielo otra vez.

K I N G D O M

I've arrived from a land I
tried to conquer
but it was already
conquered, so
I hope you don't mind if I
stay here, my love
while I'm waiting to care
for someone
you can laugh at one of my
jokes
and in the meantime that
new
land I've found
maybe could be the place
I'll call home.
I don't really expect you
to be mine,
but honey... it hasn't been
hard,
your lakes and your trees
belong to my sea,
since that day you said I
could barely see
that every drop of water is

screaming at me
because now and for long I
am the King.

**He conseguido volver de
una tierra que traté
conquistar**
pero estaba ya conquistada
entonces
espero que no te importe si
me quedo aquí, amor mío
mientras espero cuidar de
alguien
puedes reírte de una de mis
bromas
y mientras tanto la tierra
anónima que he
encontrado
tal vez, podría ser el lugar
al que llamaré mi hogar.
Ciertamente no espero que
seas mío,
pero, cariño... no ha sido
difícil,

sus lagos y sus árboles
pertenecen a mi océano,
desde ese día en el que
dijiste que apenas podría
ver,
que cada gota de agua me
grita
porque ahora y por mucho
tiempo yo soy el rey.

**J'ai réussi à revenir
d'une terre que j'ai
essayé de conquérir**
mais j'étais déjà conquis
alors
J'espère que cela ne vous
dérange pas si je reste ici,
mon amour
pendant que j'attends de
prendre soin de quelqu'un
vous pouvez rire à l'une de
mes blagues
et pendant ce temps, la
terre anonyme que j'ai
trouvé
Peut-être que ça pourrait
être l'endroit que
j'appellerai chez moi.
Je ne m'attends
certainement pas à ce que
tu sois à moi,
mais chérie... ça n'a pas
été difficile,
tes lacs et tes arbres

appartiennent à ma mer,
depuis ce jour où vous
avez dit que vous pouviez

à peine voir,
que chaque goutte d'eau
me crie
parce que maintenant et
depuis longtemps je suis le
roi.

La naissance de Tonantzín

Todo comenzó hace tiempo, jugaba en el parque mientras observaba aquel ritual, estaban desnudas. Estábamos todas desnudas, tomadas de las manos jugueteando entre caricias mutuas que parecían meramente naturales, el péndulo de nuestros ojos se columpiaba entre cada uno de los rostros, danzábamos en círculos y riendo con una alegría peculiar e inigualable. Ella estaba nerviosa, pero simultáneamente se integraba y desde el centro del círculo sentía nuestro *amor vibre* que era nada menos que su esencia penetrando en los poros. Rítmicamente paramos de bailar y llegó Syth con el cáliz de la hermandad pronunciando el canto de los ancestros, empezamos a canalizar nuestros principios mientras intercambiábamos cuerpos y transmutábamos la pureza hacia el cosmos, recibiendo de él y de nuestra Madre la concepción de Tonantzín, nuestra ahora hermana.

Atardecer

Un día entenderé el porqué, un día lo sabré al mirar las palmas ondeantes bajo la cálida y perturbadora luz del sol, en medio del eco que emana mi voz, rodando en el suelo las hojas secas lo dirán; aquellas lágrimas espontáneas, los besos fugaces, las risas amargas, el ceño fruncido y un patrón de gestos que nunca logro interpretar, en el momento solitario y pacífico del día, sentido por fin toda la vida tendrá.

Pero entre tanto me limitan a ser quien soy, me describen, me complementan, me someto; dominado y dominante voy sonriente por la calle, intercambiando sonrisas y cejas arqueadas ante rostros desconocidos, despertando deseos y uno que otro remordimiento, soy las caricias que te roban el placer, lo hurtan y profanan hasta exprimírte la fe, rojizas y anaranjadas, húmedas en papel, hermosas pero instantáneas, asemejando la puesta de sol me escondo entre sus sombras para hacerle el amor a un millón de pensamientos en discordia que llegan a ser elocuentes y sinceros, salvajes y quizá duraderos convirtiéndome en este que soy, personaje alterado, *doppelgänger* extasiado de aquel muchacho temeroso y dócil que nunca fui yo; el que se atreve a vivir, brillante, pasional y decidido joven que nunca debe morir.

Astrolabios, murmullos a media luna

Edgar Ramón Silva Rubio

Mirada pincel

Y de pronto en una tarde, el transeúnte soñador preguntó hacia sí, ¿qué cosa es mirar?, y no solo eso, sino que pensó que la mirada puede tener algún color. Dime, negra noche, ¿de qué color es la mirada del hombre?

La noche callada y sombría contestó: *la mirada es ceniza porque es un portal para hablarle al pasado y al cosmos*. El transeúnte soñador, no conforme, acudió al sol y le interrogó: dime, sol, tú que todo lo alumbras, ¿de qué color es la mirada del hombre? El sol alegre y brillante le respondió: *la mirada, mi querido soñador, es la esperanza de un nuevo día, que mira mañanas y caminos aún por andarse*.

Luego, el transeúnte soñador llegó hasta las costas y allí sentado frente al horizonte le cuestionó al mar, si la mirada tiene color, ¿de cuál es? *La mirada es de un tono transparente porque se puede mirar adentro, porque no siempre el corazón habla con palabras*.

Todo confundido, pensando y andando se topó con la luna, y aprovechó el momento para plantearle su retórica: ¿y tú, luna, puedes decir de qué color es una mirada? *La mirada, soñador inquieto, es la complicidad del misterio, de la fortuna, de la desdicha y la soledad*.

¿Y tú qué dices, fuego, acaso sabes tú de qué color es la mirada del hombre? *Una mirada es una llama, y las hay de todos tipos, grandes, pequeñas pero ninguna igual, hay fuegos pequeños que ni se enteran del viento y hay llamas locas que contagian el espacio de chispas*.

Por la mañana, al llegar el alba, le increpó al cielo que recién despertaba: ¿cuál es el matiz que tiene una mirada? *Una mirada es ver en el otro el reflejo del alma, es compartir la emoción de ser parte de algo o de alguien.*

Pláticame, tierra, ¿de qué color ves la mirada? *La mirada es ver nacer la vida, y ver volar los sueños.*

Por último, el sabio le dijo al transeúnte soñador que a veces las miradas se pintan de miedo e incertidumbre, que la mirada colorea las almas de alegría y esperanza. La mirada es transparente hacia uno y una comunicación directa con el alma para comprender al otro, que es inquieta, equidistante, pensante y que alumbra desde adentro, como sea, nunca miente.

Absurda ausencia

Vine a escupir en esta hoja en blanco los versos que pusiste en mi boca, los mismos que recogí de tus besos la otra noche en que naufragué en tus labios. Va cayendo poco a poco cada grano de arena de aquel reloj que me regaló mi abuelo, la lluvia cae incesante mientras me erizo la piel y tiemblan mis manos ante un cielo que no se cansa de gritar y aventar pedradas.

Entre tanto van mis manos de la pluma al papel, del recuerdo a la letra y yo aquí argumentando lo insoportable que soy sin ti. Aquí frente al espejo, este que ves... desnudo y rodeado de almas perdidas, este extraño insufrible reflejo del espejo que ves, soy yo... aquí me tienes fumando sueños que despiertan en tu boca.

Desnudo, enredado entre estas sábanas frías, húmedas por el licor que tantas veces bebí en la fuente de tu flor dormida... aquí me tienes sobre esta cama que fue puerto de nuestros pecados, aquí estoy... iluso y fugitivo de aquellas alas que Remedios Varo quería hacer volar.

Aquí me tienes sin más demonios que exorcizar que estas ánimas cargadas de soledad, aquí estoy frente a mi reflejo bebiendo del tinto de aquella botella que no terminamos, aquí estoy embriagado por la inspiración de escribirte.

Me tienes imaginándote caminar por la casa, con esa seda que esconde tu sexo y llevas tus senos al aire, y yo mordiendo mis labios, arañando las sábanas y aguardando mis ansias de rasgarte la piel, viéndome bailar en tu cadera mientras me desarmo lentamente.

te entre tus carnes, pero ya ves, aquí me tienes secuestrado por la locura y la desesperación.

Sigo desnudo y haciendo alarde a Aute con las noches que mojan mi mano, ¡ay, amor mío!... aquí sigo, acompañado de esta lluvia que no he podido poner en pausa, escuchando unos ladridos que retumban en mi cabeza mientras el reloj sigue su viaje.

Aquí me tienes como Harry Haller, qué difícil es convivir conmigo... maldito lobo estepario, me tienes construyendo castillos de letras con el rocío de mi aliento y desde aquí sigo pensando, buscando, pero sobre todo creyendo que aquí me tienes limosnero de tu piel, con un corazón ardiente, estoy desnudo aguardando la luz de una luna inquieta, esperando que la puerta avise tu llegada.

Me fui a dormir con la ilusión de verte vibrar entre mis piernas y puse alerta mis sentidos, pero al amanecer desperté con la esperanza, frustrado de ver que mi placer se convirtió en despojos.

La señora del 59

Hace tiempo que ya amaneció, sin embargo, parece que para la señora del 59 el sol aún no sale por su ventana. Lleva ya varios años que le da igual el día o la noche, aunque tal vez su vida tenga más oscuridad que luz y por eso prefiera vivir en esa cueva de la que nunca quiere salir. Le da miedo abandonar su jaula de oro, pero incluso habitando ese lugar se siente terrorífico, su soledad le asusta y le cuesta convivir consigo misma.

Después de sus 62 vueltas al sol, la señora del 59 ya no sabe si es mejor vivir adentro o afuera, uno pensaría que estar en soledad es ocasión perfecta para la meditación y quizás encontrarse a uno mismo, pero también tiene ese absurdo vericuetto en el que esta misma circunstancia sea la encrucijada perfecta para que el demonio se apodere del desamparo, el vacío, la rabia y sentirse abandonado, a eso le llamo estar solo y no hay peor artificio para sentirse derrotado.

Es raro que a pesar de tal encrucijada la señora del 59 quiera esconderse entre sus propias sombras que no le sirven ni de cobijo, al contrario, las arropa con lamento hundiéndole aún más en una ceguera inevitable.

Hace tiempo la vi hablando con la del 92 —*perdono pero nunca olvido*—, escuché que le gritó cuando estuve a unos pasos de ellas, quién sabe cuál sería el tema que traían entre dientes pero tampoco me pareció buena idea incluirme en el alboroto, aunque la verdad me quedé con ganas de gritarle un par de verdades.

A veces pienso que mi vecina del 59 viene de ese campo de reclusión en el que excluyeron a aquellos con ceguera blanca y que producía muerte en vida, sin embargo, la señora de la que les hablo se quedó respirando pero sin ganas de disfrutar de esta humana existencia.

Curioso es también que hable de la muerte como si estuviera pidiendo que venga por ella, pero le teme, se aferra a vivir sin importar que reniegue por todo y por nada, vaya paradoja. Desde mi balcón pareciera que ya no le quedan islas para naufragar, ¿habrá llegado al límite de la razón? La del 59 burlaba la suerte, por querer vivir vidas ajenas se olvidó de quererse.

Nunca antes alguien la abandonó, su condición de víctima hizo que algunos estuvieran a su alrededor para mitigar su vacío existencial, quién sabe si le ayudaron a despejar sus dudas o a hacer crecer sus fantasmas. Siempre con su puntería afinada, sus reproches daban directo al cien o al lado izquierdo del pecho de quien le hacía compañía.

Conocerle fue un suplicio ingenioso de la vida, para hacerme formular juicios de las espinas del camino a la felicidad del valor de la gente y su pasado, su historia que sin permiso me atrevo a desafiar, para ella la vida es un escenario del cielo y el infierno, donde tu premio y castigo se encuentran en la misma cancha, pero siempre egoísta le apostó a morir de sed, a dejarse vencer, egoísta sin aceptar la mano, egoísta que alejó a todos con sus falsos cuentos, acabó perdida en la región donde habita el olvido.

La viajera de los Alpes

Me pregunto, ¿qué les diría si les contara la historia de la viajera que conocí en los Alpes?, tal vez les hablaría de que me enseñó que *el tiempo es lánguido para aquellos que sufren, finito para los que gozan, vasto para los que esperan y alífero para los que temen.*

No sé si les hablaría del lugar, de la compañía del viento y de la brisa polar de las montañas francesas, del atardecer en la costa mediterránea o tal vez de la lluvia que no moja mientras camino por la orilla del Ródano.

Dudo mucho en hablarles de la viajera de los Alpes, que me contó que el corazón de una mujer guarda muchos secretos, que el amor puede ser blanco y fugaz como el sol de la primavera en la montaña, que amor se llama el juego de la soledad, la de los amantes que al besarse comprometen su libertad.

Quizá podría decirles que me habló sobre los días impares, que por más que se parezcan nunca podrán ser iguales, a veces desordenados como las sábanas, las ideas, el corazón o la vida, en donde las pequeñas cosas pueden convertirse en gigantes.

La viajera de los Alpes me llevó a caminar por el camino de las sombras, recogió mis cenizas, me dio calor de invernadero y oportunidades efímeras como el olor a nicotina. Del presagio de las aves de paso cuando vi al pajarillo curioso que se acercó a descansar sus alas sobre las ramas de aquel deshojado árbol.

Si les hablara de ello, si lo hiciera, no sé qué les diría, si la viajera fue una emoción para naufragar o un suplicio de la natura-

leza para encontrarme o tal vez el abrazo de mi piel desnuda que busca respuestas en la conciencia y desaparecen con el silencio.

Advertiría sobre la verdad de los hechos de aquella viajera, la de los ojos de gata... la de los besos de hielo, que me dio su mano para andar bajo la llovizna, aquella viajera que no existió, la mujer extraña que usurpó mi imaginación, la que encontré en la mirada de los desconocidos, una sonrisa traviesa, un suspiro inesperado, que acompañó callada mis tardes de marzo, la viajera que espera, que aguanta, quizá también en soledad, quizá también en secreto, la viajera que me acompañó en silencio desde el otro lado del mar.

Sexomnio

Otra vez vuelve a caer la noche, escribo desde el noctambular de mis días, mientras el sol duerme con aparente calma y el placer del insomnio con el que me dispongo a encontrarte.

Desde el precipicio del deseo, con tu cuerpo apenas cubierto cuando la noche abraza tu sexo con ternura y timidez mientras tanto yo, taciturno del desvelo, me dispongo a robar tu sueño.

Y entonces mis manos dibujan sobre las líneas de la infinidad de tu ser, te recorro con mis dedos, tus llanuras, tus volcanes, tus huecos y nuestros labios se reconocen al encuentro con un licor que arde a media luna.

Tu piel trigueña con aroma a canela y tabaco, la intensa lucha de lenguas, mi suave tacto entre tus muslos y el sueño que abrió nuestra piel en silencio con nuestros ojos invisibles que se miran hacia el crepúsculo del pecado para regocijarme en el exilio de tu abrazo.

Y entonces me salvas, te salvo, nos salvamos, en el ámbar del tiempo que recorre el alba, solo tú y yo existimos, en las horas sin límite de los amantes en la humedad silenciosa y la hermosa sinfonía de tu ritmo.

En la aurora boreal de la primavera te veo danzar sobre nuestros cuerpos desnudos que ya son una sola carne. Casi al alba y con la codicia de mi cuerpo vacío, estás tú, con la luna y la flor dormida, cansados de tanto amar y el abismo del recuerdo de cruzar la frontera del silencio y de tu sueño.

Murmullos de polvo

Yo me volví un fanático de la radio cuando escuché las historias de doña Zenaida, una radioescucha que llamaba de vez en cuando a la estación México Lindo para contar historias de fantasmas, y a mí como estaba chiquillo me daba curiosidad por sintonizar. Se me hizo hábito pedirle a mi madre que cuando la tarde estuviera pardeando me hiciera el favor de preparar un atolito que me tomaba comiéndome un bolillo que comprábamos con don Joyas, el panadero de la esquina, y todo para estar atento al programa de Lupita, la locutora que estaba al aire cuando ella llamaba, yo solo supe que la estación estaba en la ciudad de la Grana y que la anciana de la voz cansada sintonizó el cuadrante desde un pueblito al borde de la carretera rumbo a Guadalajara, y desde entonces quise saber de quién era esa fonación que me pareció familiar y cuál sería aquel extraño pueblo.

Cierto día, contó una historia que tuvo lugar en La Resolana, dijo que don Miguel estaba parado afuera del templo con una costalilla al hombro y sus huaraches de arañita. Por donde estaba parado el señor aquel iba muy aprisa Martha, una empleada del cine América, el motivo de su prisa fue el pretexto por el cual el hombre la detuvo y entonces la muchacha le explicó que iba muy a la carrera porque estaba por salir de paseo con sus compañeros de trabajo, fue entonces que el señor de la costalilla le advirtió que en ese paseo iba a suceder algo trágico y que sería mejor no ir, tal vez a Martha le dio miedo, o se le hizo tarde; quizá don Miguel la cuidó o de plano no le tocaba, pero decidió no ir y efectivamente

sus compañeros tuvieron un accidente de automóvil en el que todos murieron.

El infortunio ocurrió cerca de un pueblito conocido como los Tecomates, la gente de allí contaba que en el árbol de guamúchil donde encontraron su fin se han ido muchos y por eso se dice que este *llama a las ánimas*. Los hechos aquí contados terminan cuando la muchacha se encontró a Chepa, hija de Miguel, para contarle que su papá predijo el fatal acontecimiento, a la mujer se le vinieron mil colores a la piel y oraciones a la boca, como pudo le explicó que su padre había muerto muchos meses antes de tal coalición. En este momento en que la narración terminaba, Lupita decía: «Carran can, can, leche con pan», frase que se volvió un sonido muy particular en la región.

Hubo un relato que yo no pude creer, y aunque a la radioescucha le constaba yo aún seguía sin dar crédito... dijo que no hace mucho falleció una de sus tías, por culpa del susto que le dio cuando una madrugada de pronto se despertó, dilató sus pupilas y ante la pálida luz del quinqué observó que en lugar de atetar a su hijo recién nacido, entre los pechos tenía el hocico de un tilcuate, mientras la cola del animal amamantaba al niño. Su marido el tío Nacho se despertó con el grito que hizo la mujer, al instante alcanzó a ver cómo la culebra se arrastraba y huía.

Zenaida fue para mí la clarividencia de los mundos ajenos, la descripción mental que me figuré de ella consistió en una anciana con el manto de plata y el cabello recogido, oyendo la emisora sentada en su mecedora; en sus lentes llevaba el reflejo de la faz de las historias y a media voz el eco de polvo de la palabra viva. Zenaida, taciturna sobre la frágil penumbra de la nostalgia, me recordó con sus manos tersas al terciopelo arrugado, el temblor de los tonos lejanos de mi abuelo y sus andanzas para volar en otros vientos.

La última vez que escuché a la señora, se le percibió muy angustiada y triste; mencionó que ya eran varios días que soñaba con la huesuda, con el panteón, los óleos, los rezos, las veladoras y hasta con curas... Tantas veces soñó con esto que creyó que la muerte la acechaba, y por más que se persignó y rezó el padrenuestro, la negra noche y su niebla la alejaba más de aquella quimera. Lupita tra-

tó de animarla pero esta vez sin su particular «Carran, can, can», solo palabras francas cual si realmente se conocieran, después de esto la anciana nunca más se escuchó en la onda electromagnética.

Tantos fueron los días en que no llamó, que aficionados a su arrugada expresión comenzaron a extrañarla. Los oyentes del programa, preocupados, lograron que Lupita en una de sus emisiones pidiera que se comunicara nuevamente, y si esto no fuera posible por lo menos que algún pariente o conocido diera razón del paradero de ella. Cartas llegaron a la estación donde pedían las ondas en la otra dimensión.

Una madrugada sentí un suspiro detrás de la oreja izquierda, un murmullo de polvo, pensé; en eso, un sonido en *off* hizo eco en mi oído, el martillo de mis tímpanos golpeó haciendo ritmo con el latido de mi corazón, aumentó mi voltaje cardiaco, después hubo silencio, luego un oleaje tordo acarició mi memoria. El estremecimiento me llevó a la ventana, me asomé y percibí el aroma del serrín de la tierra mojada por la lluvia que recién comenzaba. Enseguida un relámpago iluminó el añil del cielo, ubiqué en el espacio un camino y distinguí el espectro de una mujer de avanzada edad recostada a la sombra de un guamúchil; abrió sus ojos y me miró quizá desde otro tiempo, un escalofrío recorrió mi piel, tuve duda para diferir aquella alucinación, fui a lavarme la cara, encendí un cigarrillo, me puse los anteojos y fui de vuelta a la ventana, me percaté de la ausencia de la señora, en su lugar encontré un oscuro pájaro que emprendió su vuelo hacia otro rumbo, no vi más.

Los días pasaron, la incertidumbre de esa visión entre fantasía y realidad creció, a la par también la inquietud por conocer el origen de aquellos lamentos. ¿Quién era ese insomnio de mis intrigas? ¿Cuál era ese pueblito de la federal 80 desde donde llamaba? ¿Por qué solo contaba historias de fantasmas, muerte o desaparecidos? ¿Será que hay seres que sintonizan desde la otra frecuencia?

Tiempo después vine a encontrar respuesta a las interrogantes anteriores, resultó que el chapitel de mi brújula interior me llevó a habitar la ciudad de la Grana, visité las instalaciones de México Lindo, descubrí que de una manera extraña solo quedó registro sonoro de Lupita. Pregunté por la oyente, pero no tuve suerte;

la respuesta de la secretaria me pareció inverosímil y me retiré del lugar formulando deducciones en soliloquio.

Momentos después me detuvo la luz en rojo del camino que llevaba a mi casa; sentí un calor proveniente del vapor del asfalto y el humo de los coches combinado con las altas temperaturas de la costa. Entre la emanación localicé por mi retrovisor el rostro de una mujer mayor, en ella una media sonrisa entre las arrugas comisuras de sus labios, la nariz delicada, la mirada vacua en los ojos almendrados y un rostro borroso con facciones apenas perceptibles, llevaba lentes enredados entre su velo de plata y de pronto en la estación de radio..., el eón de la cansada voz, el eco de la palabra viva estaba de regreso.

Llegué a casa aturdido por la sorpresa, bajé al sótano de mi habitación a buscar las memorias sonoras que grabé en mi infancia, instantes después localicé la vieja grabadora de mamá, con los dedos retrocedí y casi de inmediato reproduje la cinta, apenas dos minutos después identifiqué la señal sombría de los mundos insospechados, de pronto el casete se atascó unos segundos y la grabación continuó, me quedé atónito, escuché que mi voz transmutó a la voz de anciana y de fondo Lupita.

La psicofonía narraba que perdí la vida colgado sobre un árbol que plantaron a bordo de carretera cerca de Los Tecomates, mis oídos no pudieron creer lo que escuché, confundido fui escaleras arriba y tropecé, mi rostro quedó justo en un orificio de no más de tres centímetros de diámetro, tal vez Borges pensaría que era su Aleph, pero no era más que un espiral, un portal que me transportó a mi entorno habitual.

Observé a través de la luz ultravioleta del resquicio, en esta dimensión aparecí sobre unas sábanas en color rosa y verde; cuando mi vista nublada se aclaró escuché la alarma del radio despertador, regresé a la realidad al girar mi muñeca y consultar la hora. Cuando volví a mí, la señal de la locutora seguía al aire... realmente fue abrumador.

Ixchel y el universo

Recuerdo bien esa tarde, salí de la oficina agradeciendo la jornada de trabajo; recuerdo también que en el camino escuché y tararé una de Silvio. Cuando llegué a casa fui de largo a mi habitación, urgido por la prisa de descalzarme de aquellas botas que tanto me gustan, claro que no olvidé darle un beso a mi esposa y saludar a la pequeña Ixchel, mi hija de 5 años. Cada vez que Ixchel me ve llegar, me da un beso y me regala un abrazo, pero lo más bonito de su recibimiento es el jalón de greñas que me pone, yo la dejo hacer tanto alarde porque siento que me quita el estrés.

Esa tarde después de la zarandada, me miró con ojos curiosos y muy tiernamente cuestionó: ¿cómo nacen los bebitos, papi? La pregunta cayó como quien se toma un tequila, de golpe y sin pensarlo. Yo estaba consciente de que en algún momento le iba a surgir la duda, de lo que no estaba seguro era la edad en la que los niños necesitan esas respuestas, en fin, el asunto llegó y tenía que responder con la verdad, yo me encontraba inspirado; por esos días estaba leyendo *Rayuela* de Cortázar, había tarareado a Silvio y además, en mi *playlist* mental estaba «Todo se transforma» de Drexler, así que le dije: Hermosa, tú eres un pequeño universo y así como las estrellas, también te formaste tú.

Mira, hace miles de años el mundo no era mundo, solo era un montón de polvo y gas, así como el que sale del refresco, estaba todo disperso y cuando polvo y gas chocaron *bang*, hizo una enorme explosión; de allí se formaron la luna, el sol y las estrellas... Imagina que tu mami tiene en su vientre miles de partículas y tu

padre también, aunque de otro tipo; un día, de tanto amor que se tienen, sus partículas hicieron una fiesta, se pusieron muy felices y cuando llegó el momento de bailar, las partículas se mezclaron y otra vez *bang*, en el vientre de tu madre hubo una explosión de emociones, luego las pequeñas partículas se comprimieron y entonces fue que te formaste y creciste como el mismísimo universo; por eso, hija mía, tu luz y tu ser están en armonía con las estrellas y el cielo; así que cuando quieras algo pídelo con toda tu fe, porque él escucha, es perfecto y seguro estoy que si es conveniente lo que quieres te lo dará.

Mi pequeña Ixchel se quedó con los ojos más abiertos de lo normal, tratando de asimilar tanta cosa rara que su padre le dijo, pero yo estoy seguro de que algún día lo entenderá.

Epílogo

César Fernando Solís Hernández

Casa vacía

Casas en decadencia, la mía, la suya, todas.
Ulises, James Joyce.

Amanecía. Era la estación del año en que los árboles se desvisten y el paisaje se cubre de una alfombra en tonos ocres y dorados. El viento soplaba y hacía danzar cual odaliscas, furtivas hojas que al caer formaban la hojarasca delatora de mis pasos, ¡*Crush!* ¡*Crash!* ¡*Crish!* ¡*Crosh!*

El árbol sacudió sus ramas, un perro que vagaba se divertía intentando atraparlas; era gracioso verlo, de tan flaco y esquelético parecía la muerte saltar. Intenté tomar una hoja del suelo, la más dorada y marchita, su fragilidad me lo impidió. Al contacto con mis dedos crujió y sin atender a sus lamentos la froté entre mis manos transformándola en fragmentos, había pasado demasiado tiempo desde su caída y ahora con un soplo al viento, en polvo se disolvía ante la mirada silente del árbol al que perteneció y del cual colgaban aún algunas hojas verdes que temerosas temblaban al saberse presas de inevitable destino; desaparecer para siempre. A las hojas en los árboles no las mueve el viento, mentira, las hojas tiemblan y, mientras caen, danzan su primer y último baile sin ensayos, ¿qué es la vida sino una danza entre tumbas? Por eso es que algunas aprovechan las corrientes de aire y se dejan llevar, oscilan y se lucen robando destellos por instantes; hay otras que se

posan en invisibles hilos que la araña teje, pero tarde o temprano todas caen.

Cerré los ojos, permanecí en silencio reflexionando acerca de la metáfora existencial que la naturaleza me brindaba, temblando también, ¿si los abro y estoy para siempre en lo negro adhiáfano, en la nada? ¡Basta!

Proseguí mi camino hasta llegar a la entrada de esta casa ahora vacía, uno a uno subí los escalones sin lograr recordar el número total de ellos; uno, dos, tres y cada escalón que subía era como cada día que sustituía al anterior hasta llegar al fin. El fin tan oscuro como el origen, ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?

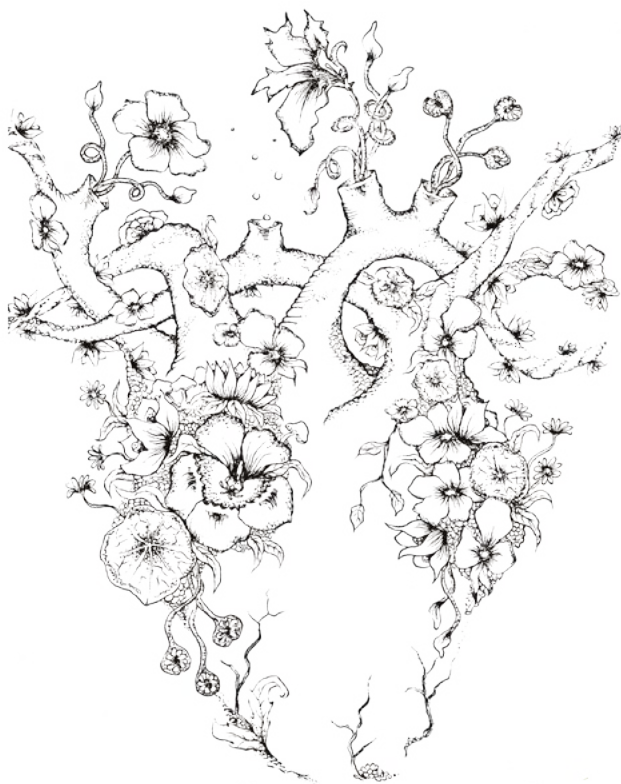
En el jardín algunas plantas conservaban su verdor y habían sobrevivido a pesar de la escasez de agua, otras estaban secas por completo y servían de vivienda y alimento a diversos insectos. Tímidos rayos de sol cual lentejuelas brillaban a través de la enredadera que cubría las rejas, sombras vegetales silenciosamente flotaban en la tranquila mañana, la maleza había cubierto las ruinas hasta ahogarlas.

En los muros, fluctuantes manchas de humedad dibujaban formas. La erosión hizo que las paredes mostraran su verdadera cara, arrancando la pintura de cal que las cubría, desmoronando memorias. Paredes firmes y estoicos guardianes de secretos llenas, mudos testigos en esta casa donde el silencio es el único lenguaje.

Pendiendo de un clavo, un calendario estacionado en la misma página amarillenta desde hace años y sobre un mueble apolillado un reloj descompuesto.

Libros por montones forrados de polvo y telarañas figuraban columnas antropomorfas, páginas convertidas en alimento de polillas, letras olvidadas que murieron sin ser pronunciadas, verdades falsas que jamás fueron compartidas. Al soplar sobre ellos una nube de polvo se disuelve sin ánimo ni prisa, inunda el cuarto de una niebla espesa. ¡Niebla la vida es y aparece la nada al disiparse esta!

Correrás, subirás o bajarás, atravesarlas puertas sin salida cargando el cansancio del infinito a costas, pero siempre regresarás a habitar tu casa vacía, ¡Crush! ¡Crash! ¡Crish! ¡Crosch!



Carmesí

Carmesí. Obra poética. Letras del Valle de Autlán
se terminó de imprimir en noviembre de 2018 en
Editorial Página Seis, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
CP 45050, Zapopan, Jalisco
Tels. (33) 3657-3786 y 3657-5045
www.pagina6.com.mx • p6@pagina6.com.mx

Coordinación editorial: Felipe Ponce



Estas líneas tienen el ambicioso cometido de presentar la creación literaria de seis jóvenes imperiosos como el viento, náufragos, buscadores que no encuentran, solo buscan; narradores de sus historias interminables. *Carmesí* es la recopilación de poesía, cuento, relato y microrrelato en la que recorren el camino de la creatividad que se basa en saltos cuánticos e incertidumbre. Verso y prosa poética enmarcan la caja de palabras que da estructura y soporte a este cuerpo.

El contexto determina el significado de todo. Creamos caos con las palabras, la cuerda tensada de fibras que resisten cada alegoría, cada imagen que han logrado construir con el lenguaje de las emociones —siempre puedes seguir a tu corazón—. Gracias a los autores por desnudar su alma y a ti, lector, por lernos.



**CUCOSTA SUR
GRANA** ●